



*Temas de literatura infantil en las ciencias
de la salud: médicos y medicinas
en las lecturas de los niños*

Marisa Vannini de Gerulewicz
Escuela de Bibliotecología y Archivología. FHE-UCV
marisavannini@gmail.com

RESUMEN

PALABRAS CLAVE

Literatura
Infantil,
profesional
médico,
aprendiz,
curandero,
mago, brujo.

La figura del profesional de la medicina, presente en la Literatura Infantil como médico, aprendiz, curandero, mago o brujo, y los medios de curación temidos o aceptados por los niños, constituyen la base de esta investigación, en un intento por construir afinidades entre distintas disciplinas.



INTRODUCCIÓN

En mis largos años de docencia como Profesora de Literatura Infantil en las escuelas de Letras y Bibliotecología de la Universidad Central y en otras Universidades, y también como autora de obras para niños y anteriormente como maestra de preescolar y primaria, me he dado cuenta de que la Literatura Infantil tiene estrechos nexos con otras disciplinas, no solo humanísticas sino también científicas, es decir con las llamadas ciencias duras. Una de ellas es la Medicina. Médicos y escritores de Literatura Infantil se encuentran positiva y fructuosamente en las páginas literarias a lo largo de siglos y conforma un binomio que nos demuestra la interdisciplinariedad de la Literatura Infantil y su posibilidad de incursionar en otra ciencias, entre las cuales las ciencias médicas.

MARCO TEÓRICO

Nuestro marco teórico está constituido por los planteamientos de Edgar Morin, Gianni Rodari y Ugo Volli.

METODOLOGÍA

La metodología consistió en el acopio de obras de literatura infantil consideradas clásicas, en una lectura crítica y en la investigación en estas escrituras de temas, figuras y detalles relacionados con las ciencias médicas y en un posterior análisis para recabar los textos seleccionados que forman el cuerpo de nuestra ponencia, que hemos elaborado a la luz de los planteamientos de los autores citados en nuestro marco teórico.



RESULTADOS, ANÁLISIS E INTERPRETACIÓN

Dentro del campo de lo imaginario infantil, vamos a referirnos a algunos escritores de cuentos clásicos*¹ para niños, por supuesto no en forma exhaustiva y sin intención alguna de agotar el tema.

Pinocho de Carlos Lorenzini, conocido como Collodi (1826–1890), es uno de los más populares personajes de esta literatura. Después de una arriesgada aventura de la cual sale maltrecho y casi ahorcado, lo atienden tres médicos llamados por el Hada de los Cabellos Turquinos, *entre los más afamados de los contornos*, para saber si estaba vivo o muerto. Los galenos, bien caracterizados en su semblanza de animales, un Cuervo, un Mochuelo y un Grillo parlante, lo examinan en una forma atractiva para los pequeños, mientras su confuso discurso sobre el alcance de la medicina corrobora, en las mentes infantiles, la simpatía y aceptación que sugieren su aspecto:

–Querría saber de sus señorías– dijo el Hada dirigiéndose a los tres médicos reunidos entorno del lecho de Pinocho– querría saber de sus señorías si este desgraciado muñeco está vivo o muerto.

Ante esta invitación, el Cuervo dio un paso adelante y tomó el pulso a Pinocho. Después lo agarró de la nariz, del dedo pequeño del pié, y cuando lo hubo examinado a su gusto, pronunció solemnemente estas palabras:

–A mi juicio, el muñeco está bien muerto; mas si por fortuna no lo estuviera, entonces es señal segura que está bien vivo.

–Siento mucho– dijo el Mochuelo– tener que contradecir al Cuervo, mi ilustre amigo y compañero. A mi modo de ver el muñeco está vivo, de verdad. Ahora que si, por desgracia, no estuviera vivo, sería indicio segurísimo de que se habría muerto.

–Y usted, ¿no dice nada? – preguntó el Hada al Grillo parlante.

–Yo digo que un médico prudente, cuando no sabe lo que tiene entre manos, lo mejor que puede hacer es callarse.

1. Entendemos por clásicos los textos literarios con valores permanentes que siguen vivos a través de los tiempos y son considerados ejemplares dentro de la tradición literaria de cada país. En este caso nos referimos a la literatura infantil-juvenil y a sus clásicos hasta mediados del siglo XX. Véase el Prólogo de Velia Bosch a la obra *Clásicos de la literatura infantil-juvenil de América Latina*. Caracas: Editorial Fundación Biblioteca Ayacucho, 2000.



...En este momento sintióse en la habitación un ruido entremezclado de llantos y sollozos. Quien lloraba y sollozaba era Pinocho.

-Cuando un muerto llora es señal de que está en vías de curación- pronunció el Cuervo.

-Me disgusta tener que contradecir a mi ilustre amigo y colega -repuso el Mochuelo-; mas, a mi ver, cuando un muerto llora es señal de que le desagrada morir.

Es preciso destacar el acercamiento jocoso del médico al paciente (le agarra la nariz, le pellizca el pie... es como para perderle el miedo al doctor...), y la naturalidad con la cual los galenos literarios hacen referencia a la muerte, no como algo espantoso, sino como una alternativa del ser viviente, lo cual constituye una lección, un aprendizaje positivo para los pequeños lectores.

A diferencia de los médicos de *Pinocho*, bastante confundidos, se presentan eficientes, equipados, especializados y llenos de buena voluntad, los animalitos médicos venezolanos tripulantes de la Medicatura Rural al que llevan a toda prisa, en un coche manejado por el Morrocoy, al León del *Tío Tigre y Tío Conejo* en la versión de Antonio Arráiz (1903-1962). El pobre León se había clavado unas largas y agudas espinas de cardón en el codillo, durante una competencia de salto con el mismísimo Tío Tigre. Estaban de guardia el bachiller Murciélagu, coadyuvado por las enfermeras Garrapata, Sanguijuela, Comadreja, Mosca Brava y por los estudiantes Carrao y la Culebra Coralito, todos trajeados con largas batas blancas. Al empezar a extraer con las pinzas las espinas al León que, ya vacunado en una nalga, tendido en la mesa lo aguantaba todo sin chistar, el Murciélagu diagnostica con tono doctoral:

Se trata de un caso típico de endovasación antero inferior del brazo, con traumatosis interna del cartílago y posible predisposición patógena del deltoides...



Poco después, se hace cargo del paciente el médico residente, Dr. Caribe, quien le imprime mayor movimiento y velocidad a la operación, con órdenes precisas:

-Un bisturí, enfermera Comadreja. Un flebotomo. Una sonda de cinco milímetros. Otra de siete. Las tijeras redondas. Unas pinzas articuladas. Los ganchos. Sostenga este pedazo de músculo. Usted por aquí Mosca Brava, levántame el cartílago. Un poco de algodón, Garrapata. Estanquen esa sangre que no me deja ver. ¡Más luz, más luz! Tampoco se puede ver con este pelo. Este paciente tiene una excesiva capilaridad. A ver usted, señora Comadreja; practique una depilación en torno, las más ancha que pueda. Si hace un cortecito o dos sobre la piel no importa. Lo esencial es que no me molesten en mi trabajo. No se trata de una simple endovasación, estamos en presencia de un caso grave de penetración intermuscular conjuntiva con síndrome conflictivo. ¡Al Hospital enseguida!

Asustado, el león trata de interrumpir y de explicar que a él simplemente se le habían incrustado unas espinas de cardón en el codillo, pero el Dr. Caribe está empeñado en agotar todos los recursos de la ciencia:

-Llamen al Hospital, urgente, de parte del Doctor Profesor Caribe. Que me preparen la sala de Cirugía el Desguace. Que me tengan lista la sierra aguda, la sierra triangular, el escalpelo, el juego de bisturíes, el juego de sondas, las pinzas, una ampolleta de aceite alcanforado, otras de suero vital, vacunas, antitetánico, un poco de éter o de cloroformo por si no basta la anestesia local, en fin todo lo indispensable. Ustedes, enfermeras Sanguijuela, Garrapata, rápido, ¡una camilla, la ambulancia! Este paciente no es para ser tratado en una Medicatura. ¡Vamos al Hospital!

El portero y los camilleros se atrevieron a murmurar entre ellos:

-Dicen que las espinas de cardón, una vez introducidas en el cuerpo, continúan avanzando poco a poco, ocultas en la carne y sin que se las sientan, hasta llegar al corazón...



En el Hospital, después de haber ejecutado treinta y cinco intervenciones quirúrgicas en su clínica particular, lo atenderá apresuradamente el Dr. Gavilucho, dispuesto a ejecutar otras treinta y cinco allí mismo. Si no llegaba a las setenta en el día, no comía con apetito por la noche.

–A cortar, a cortar, hay que cortar siempre – era el lema del Dr. Gavilucho– Cortar es la suprema misión de la ciencia.

La actitud, el comportamiento y la maestría de los animalitos doctores, la habilidad con la cual mencionan y manejan instrumentos propios de su profesión, son elementos positivos para el acercamiento de los pequeños lectores a la terminología y a los quehaceres médicos, pues les sugieren la aceptación de lugares y situaciones normalmente rechazadas por los niños, que ahora pueden incorporar a su entorno familiar como fuente de invención.

Desde tiempos inmemoriales la figura del médico, ya sea como profesional, curandero, o personificado en animal, mago o brujo, está presente en la literatura universal, incluyendo aquella dirigida a los niños y por supuesto también aquella de origen folklórico, o denominada tradicional o popular, que sin haber sido escrita para pequeños lectores, termina perteneciendo al mundo infantil. A veces aceptado, valorizado, admirado, frecuentemente satirizado, el médico pone con su presencia una nota jocosa en la trama o en los detalles de los clásicos.

Creaciones literarias tan antiguas como las *Fábulas* de Esopo, que datan de la Grecia clásica y no eran propiamente para niños, sino dirigidas a censurar las costumbres y personajes de la época, con el tiempo se convirtieron en clásicos infantiles por la comicidad y brevedad de las anécdotas, la claridad del mensaje, que antes era llamado moraleja, los personajes casi siempre animales, grandes^{ooo} favoritos de los pequeños. Las fábulas fueron retomadas más tarde por escritores de toda Europa: Fedro en la Roma latina, Leonardo da Vinci en Italia, La Fontaine en Francia, Samaniego e Iriarte



en España. Si bien Esopo vivió en la época de oro de Grecia, cuando la medicina requería largos años de estudio y su aplicación era casi un sacerdocio, y dónde existieron grandes médicos como Hipócrates, en sus páginas esta figura está delineada con perfiles muy humanos: el médico es un ser lleno de conocimientos, frecuentemente anciano, quizás, debido a su edad, algo descuidado en sus diagnósticos, lo que da lugar a que el autor, como corresponde a su estilo, lo presente cómicamente caricaturizado, muy del agrado de los niños. En la fábula *El enfermo y el médico* aparece un galeno del cual se burla en forma cáustica su mismo paciente. Veámosla en la antigua versión original.

EL ENFERMO Y EL MÉDICO

Un enfermo a quien el médico le preguntó como estaba, dijo que había sudado más de lo normal. El medico le contestó: “Eso es bueno” Preguntado una segunda vez sobre cómo se encontraba, dijo que había sido sacudido por escalofríos. El medico volvió a decir que esto era bueno. A la tercera, al aparecer el médico inquiriendo por su estado, le informó que le había sobrevenido una diarrea. El médico respondió que eso iba bien bien y se marchó. Cuando uno de sus parientes vino a verlo y le preguntó cómo estaba, el enfermo dijo: “Yo me muero a fuerza de estar bien y convencido de estarlo”. Y en seguida se murió.

En otra fábula de Esopo, protagonizada por animales, éstos, y especialmente la astuta zorra, desconfían del *Médico Rana* por su tez amarillenta y su aspecto poco saludable: “¿Y cómo podrás curar a otro cuando no puedes salvarte a ti misma de estar tan amarilla?”

En los cuentos árabes de *Las mil y una Noches*, otro clásico de la literatura universal acaparrado por los niños, el médico aparece como un sabio que cura desde males



físicos hasta dolencias morales, como la tristeza o mal de amores, y es recompensado con riquezas y honores; pero si falla, o levanta duda, se le condena a muerte.

El monarca de la *Historia del Rey griego y del médico Dubán* padece de lepra y es profundamente infeliz. Un día llega al reino desde lejos un viejo galeno, especie de compendio de todas las ciencias. El Rey se pone en sus manos, y cuando logra curarlo le otorga un cargo de gran autoridad. Pero el Primer Ministro destila gotas de envidia al oído del Monarca: se acerca un complot del médico extranjero para matar al Rey y apoderarse del país: es necesario deshacerse de él. El mejor argumento que esgrime el malvado consejero es que *es imposible encontrar tanta sabiduría y tanta bondad en un ser humano*. Al ser condenado a pesar de alegar su inocencia, Dubán pide que se cumpla su última voluntad:

...después que mi cabeza sea cortada, oh Rey, lee las páginas de un libro que te daré y al llegar a una de ellas verás que mi cabeza cortada hablará y te responderá lo que desees saber...

Pero el grueso libro estaba en blanco, y el Rey, que pasaba y repasaba aquellas páginas humedeciendo con saliva la yema de sus dedos una y otra vez para facilitar su labor, al llegar a la última hoja comenzó a sentir horribles dolores y cayó al suelo, agonizante. Entonces la cabeza del médico habló:

Puse un veneno mortífero y violento en cada una de las páginas. Lo ingeriste en la yema de tus dedos, al pasarlas por tu lengua. Ahora morirás, por no haber creído en quien sólo te hizo el bien, y por haber cometido la injusticia de matarme.

Encontramos otra interpretación de nuestro profesional, la del “médico héroe”, en el folklore juvenil español. La Muerte vaga por el mundo buscando a quien prote-



ger. Encuentra a un niño campesino para quien el padre desea una madrina especial y poderosa, que pueda ayudarlo a ser *alguien importante en la vida*. Convertido en un talentoso médico, el *abijado de la muerte* recibe de su madrina el don de curar con cierta hierba mágica. Ella le advierte sin embargo que si al momento de examinar al enfermo se encuentra a su lado derecho, puede proceder a arrancar las hojas para la poción salvadora, pero si se halla del lado izquierdo deberá abstenerse de la curación. Un día, conmovido por la inocencia de un niño, el médico, ya famoso y con gran prestigio y fortuna, desobedece: la muerte está del lado izquierdo, inflexible, pero él sana al pequeño. Luego cura a otro mortal, un anciano que logra enternecerlo, y la desafía una tercera vez salvando a una hermosa joven a quien admira. Es su último paso hacia la destrucción: la Madrina le muestra con sus dedos descarnados dos velas encendidas, la de él y la de su amada, luego las apaga de un solo soplo, y el humanitario médico muere junto con su última paciente.

Refiriéndonos a la literatura asiática, la antiquísima ópera musical china *El Rey Mono en busca de las escrituras búdicas* fue transformada en libros para niños, historietas, películas infantiles, videos y posters, que tanto éxito tuvieron. El Rey Mono, Sun Wuxong, encantador personaje mezcla de dios, mono y niño, con poderes extraordinarios, en una de sus aventuras encuentra un letrero pegado a un muro, que solicita un médico para el Rey. Sun se ofrece como tal afirmando con orgullo: “*Puedo tomarle el pulso por medio de un hilo de seda, sin verlo directamente*”. ¡Y lo hace!

Los cuentos clásicos para niños por excelencia, los de Perrault, de los Hermanos Grimm y de Andersen, no son hollados por figuras de profesionales de la medicina, quizás porque se originaron en un tiempo en el cual la medicina como ciencia estaba oscurecida por la hechicería, la magia, la astrología, y en lugar de médicos actuaban hadas benéficas, brujas malvadas, ogros y ogresas, gigantes y similares. Volveremos a ellos cuando hablaremos de remedios y medicinas. Pero es imprescindible una referencia a *Caperucita Roja*, pues es el único relato de esa época en el cual tiene lugar una cirugía.



Recordemos que en la mayoría de las versiones de este trajinado cuento, después de que el lobo feroz engulle a Caperucita y a su abuela, todo termina bien, pues le abren el abdomen y de allí sacan a las dos inocentes víctimas, aún vivas. Lo admirable de esa cirugía, completamente exitosa a pesar de que el paciente (el lobo) no se salva sino que muere, ¿es que no fue realizada por médicos sino por cazadores!

Algo similar sucede en *Pinocho*, quien se encuentra con su padre, el carpintero Gepeto, en el interior del estómago de una ballena, pero ambos logran salir de allí sin intervenciones quirúrgicas, por su atrevimiento y sus propios recursos.

No faltan referencias a los galenos en la Comedia de Arte (recordemos *El enfermo imaginario* de Molière), pero aquí sólo nos referiremos a algunas piezas del teatrino italiano muy del gusto de los niños, protagonizadas por máscaras, títeres o marionetas. Es representativa en ellas la figura del Doctor Balanzone, así llamado porque camina a paso de baile, que lleva la toga negra de los profesores de la antiquísima universidad de Bolonia. Corpulento, inocente y bonachón, Balanzone es una de las máscaras más amables del teatro infantil popular, y protagoniza constantemente una serie de proezas. He aquí una. Está enfermo el amigo Arlequín, y Balanzone llega entrada la noche a su cama, apoya el estetoscopio sobre su pecho y le ordena contar. Arlequín comienza: 1, 2, 3, 4. De repente, los albores del alba despiertan al doctor Balanzone, mientras Arlequín con voz flébil sigue contando: 9.998... 9.999... ¡1.000.000! Muchos niños del siglo pasado se deleitaron y adormecieron cuenta que cuenta con el ocurrente galeno y su paciente, ¿acaso lo harían también los supercomputarizados de este siglo?

Hay dos extraordinarios personajes literarios relacionados con la medicina hacia quienes, aunque pertenezcan a la literatura y posteriormente al cine para adultos, los jóvenes siempre se han sentido muy atraídos por sus fantásticas vicisitudes, las cuales reafirman el concepto del médico como hacedor del bien y del mal, como un ser que



puede enloquecer en su afán de superación, que desafía las leyes de la vida y de la muerte, y que se expone a ser castigado por su atrevimiento.

Uno es el Dr. Frankenstein, de la novela de Mary Shelley (1797-1851) publicada en 1818, médico genial que en sus terribles experimentos logra crear un ser humano uniendo partes de cuerpos de cadáveres, hasta que el monstruo se vuelve contra él, destruyéndolo. El otro es el Dr. Jekyll, del libro de Robert Louis Stevenson (1850-1894) publicado en 1886, quien inventa una poción que lo transforma en el espantoso Mister Hyde, un ser mitad bestia mitad hombre con instintos de destrucción y tenebroso aspecto. Ambos despiertan la reflexión sobre la debatida interrogante de si el médico debe estar al servicio de la humanidad sin pretender desafiar las leyes de la vida y de la muerte ni descubrir los enigmas del universo, y si cuando lo hace en su afán de superación debe ser castigado por su atrevimiento.

En las obras de Charles Dickens (1812-1870), encontramos una figura de galeno dibujada con veracidad en el halo de la devoción que se le tributaba a los médicos a finales del Siglo XIX. Oliver Twist “*Vio a un señor de pie junto a su cama, que tenía un reloj de oro en una mano, mientras con la otra le tomaba el pulso*”, que recomendó sobriamente “*Procuren que no sude ni se sofoque, cuidando al mismo tiempo que no se enfríe*”, y que luego, entre el reverente silencio de todos: “*Salió con el aire y el paso de una persona muy atareada y bajó la escalera haciendo cruzir sus botas en cada escalón, al compás majestuoso de su importante paso*”.

De tinte romántico es el galeno de las célebres *Mujercitas* de Louise May Alcott (1832-1888), leídas y lloradas por varias generaciones, al que se presenta como un ser impotente para frenar los designios de Dios y muestra un considerable atraso de la ciencia médica al tratar la peligrosa escarlatina de Beth, tan sólo con tónico de belladonna y pañitos humedecidos en la frente.



Mark Twain (1835–1910), autor de *Tom Sawyer* y *Las aventuras de Huckleberry Finn* en las riberas del río Mississippi, con sutil humorismo y en defensa de la literatura infantil pura, les antepone un aviso:

Las personas que intenten encontrar un motivo a este relato, serán procesadas; las personas que traten de encontrarle una moraleja, serán desterradas; las personas que traten de encontrarle un argumento, serán fusiladas.

El médico rural es presentado como *anciano, simpático y de agradable aspecto*, pero sorprendentemente es éste uno de los escasos episodios literarios en los cuales la imagen del galeno es utilizada por los adultos para infundir temor a los niños. El joven Tom Sawyer le teme como a un ser aterrador capaz de exterminar niños con sus terribles pinchazos... Todo por influencia de la tía con la cual convive, quien tienen la discutible costumbre de utilizar la siniestra amenaza del médico y de la inyección para hacerse obedecer ¡y esto, aún hoy día sucede!

Más fantasioso es el Doctor Purgante de *El periquillo sarniento*, novela picaresca mexicana de José Joaquín Fernández de Lizardi publicada en 1830, que narra las aventuras de un niño así llamado por llevar *chupita verde y calzón amarillo*, y por haber contraído una enfermedad de sarna. El Periquillo estampa una simpática crítica de la política hospitalaria de ese país y de la manera peculiar de recetar:

A poco rato entró el médico a hacer la visita acompañado de sus aprendices. Habíamos en la sala como setenta enfermos, y con todo esto no duró la visita quince minutos. Pasaba toda la cuadrilla por cada cama, y a penas tocaba el médico el pulso del enfermo, como si fuera ascua ardiendo, lo soltaba al instante, y seguía a hacer la misma diligencia con los demás, ordenando los medicamentos según era el número de la cama. Por ejemplo, decía: número 1, sangría; número 2, idem; número 3, régimen ordinario; número 4, lavativas emolientes; número 5, bebida diaforética; número 6, cataplasma anodina; número 7, 8 y 9, lo mismo; y así seguido, y por eso duraba la visita tan poco.



Un típico médico atareado, con sus anteojos, su gastado maletín y su inseparable estetoscopio, trae el italiano Edmundo De Amicis (1846–1908) en *Cuore* (Corazón), el clásico infantil por excelencia de comienzos del siglo pasado.

Bien enmarcado en tiempos recientes es Darbón, el médico de los pobres, que dibuja Juan Ramón Jiménez (1881-1958) en *Platero y yo*, obra que construye en torno a la figura de un poeta y de un noble asno joven. Cuando Platero enferma su dueño llama a Darbón, un anciano gordo y bonachón que respira humanidad por los cuatro costados y ha salvado la vida de otros burros, perros y gente. Pero esta vez no hay nada que hacer, Darbón menea con tristeza su blanca cabeza, se ensombrece su semblante rubicundo y tiemblan los pocos dientes que le quedan en su gastada encía. Es la imagen de un típico médico de pueblo que ejerce su profesión con verdadero misticismo. Intuitivamente, los niños aceptan y quieren al Doctor Darbón, cuya dulzura y otras cualidades asocian con las del burrito consentido y del poeta preferido, encerrándolos a todos en un halo humanitario.

Un discurso sobre los médicos trae a la mente, inevitablemente, una mención a las medicinas. Sin embargo las medicinas, tan temidas por los pequeños y hasta por los grandes, mal vistas y receladas por todos, y que son frecuentemente la causa de la prevención de los niños hacia los médicos, no existen en los cuentos clásicos, quizás porque aún no habían sido inventadas las cápsulas, las agujas, las inyecciones, los envoltorios de plástico. En esos relatos los remedios tienen un aspecto y un comportamiento especiales, extraordinarios, se transforman en elementos mágicos, en factores de salvación, asumen una presencia sibilina insospechable: la varita mágica, la camisa inexistente, las palabras cómplices, el llanto, las lágrimas ardientes, el canto, la sonrisa, el beso. O bien se presentan en una forma confusa, imprecisa, dando lugar a fantasiosas interpretaciones: filtros, ungüentos, pociones misteriosas, pócimas, brebajes, hojas y plantas, o sucesos inesperados.



La *Bella Durmiente*, después de haberse herido la mano con una rueca, y haber caído en el terrible mal del sueño al cual fuera condenada por un hada despechada, es despertada, en la versión clásica, por el beso de un príncipe prendado de ella: el amor es la gran medicina. Por cierto este cuento, a través de los siglos y de los países, ha tenido distintas elaboraciones, adecuadas al momento. En la versión de un joven licenciado discípulo nuestro en la UCV, la princesa no se pincha la mano con una rueca sino con una flecha, y es salvada por un cazador indígena que, inflamado por su belleza, se dedica a restregarle la nariz, según la costumbre de su etnia. En la adaptación de otro, la maldición de la bruja consistió en hacerle comer cotufas rociadas con un polvo maligno como si fuese sal, que la hicieron dormir por cien años, hasta que un chamo con zarcillo en la oreja y tatuaje en el brazo, para admirar mejor su hermosura la despertó con el rugido de su motocicleta y el repiqueteo del teléfono celular. Pero todas estas, también, pueden ser formas del amor, siempre eterna medicina.

En *La Bella y la Bestia* es el llanto arrepentido de la bella lo que logra rescatar a la bestia de su extraña enfermedad, y provocar su maravillosa transformación en un gallardo príncipe, revirtiendo el maligno hechizo de la bruja.

La Sirenita de Andersen absorbe el amargo brebaje preparado por la bruja con tal de liberarse de la cola de pez, tener dos piernas para caminar como los humanos y acercarse al príncipe.

Blancanieves, según varias versiones, herida por un peine emponzoñado, envenenada o ahogada por un trocito de manzana, todo por obra de la envidiosa Reina su madrastra, es salvada por la extracción del peine, por el tropezón de los enanitos paramédicos que transportaban su ataúd en hombros, tropezón que hizo saltar de su garganta la manzana atosigada, o finalmente por el beso de amor de un apuesto galán, todas formas de curación poco científicas y absolutamente milagrosas.



Pocos son los escritores que se han atrevido a enfrentarse, bien sea para alabarlas o increparlas, con las medicinas realmente tales.

Sólo en *Pinocho* la curación no se produce por causas mágicas, sino por fin, gracias a unas oportunas y apropiadas medicinas. Pero aquí el conflicto es que... el paciente, Pinocho, se resiste a tomarlas. Se necesita toda la paciencia, la habilidad y la psicología del médico (en este caso el Hada) para hacérselas ingerir. Y es muy ilustrativa y elocuente la resistencia que opone el enfermito, sus razones, sus tretas, hasta su capitulación acelerada por un tremendo susto:

El hada se acercó a Pinocho y se dio cuenta de que estaba acometido de una fiebre bárbara. Entonces disolvió unos polvos blancos en medio vaso de agua, ofreciéndoselo:

– Bébelo y en pocos días estarás curado.

Pinocho miró el vaso, torció un poco la boca y preguntó

– ¿Es dulce o amarga?

– Es amarga pero te hará bien

– Pues si es amarga, no la quiero. A mí no me gusta lo amargo.

– Bébelo y después te daré una cucharadita de azúcar para hacerte buen gusto.

– ¿Dónde está la cucharadita de azúcar?

– Mírala aquí– dijo el Hada sacando una cucharita de oro.

– Primero quiero la cucharadita de azúcar: después beberé esa agua tan amarga.

Entonces el Hada con la paciencia de buena madre, le puso en la boca otro poquito de azúcar y le presentó inmediatamente el vaso.

– ¡Así no la puedo beber!– exclamó el muñeco haciendo mil visajes.



– ¿Por qué?

– Por que me molesta mucho aquella almohada que tengo a los pies.

El Hada le quitó la almohada.

– ¡Es inútil! ¡Ni tampoco ahora puedo beberla!

– ¿Te da repugnancia alguna otra cosa?

– ¡Me da fastidio la puerta de la habitación que está medio abierta.

El Hada fue y cerró la puerta de la habitación.

– En una palabra – exclamó Pinocho, prorrumpiendo en llanto – esta agua tan amarga yo no la puedo beber, ¡no, no y no!

– Tu enfermedad es grave...La fiebre te llevará en pocas horas al otro mundo...

– ¡No me importa, no me importa!

– ¿No tienes miedo de la muerte?

– Antes morir que tomar esa medicina tan mala.

En este momento la puerta de la habitación se abrió de par en par, y penetraron en ella cuatro Conejos, negros como la tinta, que llevaban un pequeño ataúd.

– ¿Qué me queréis? –dijo Pinocho incorporándose en el lecho, lleno de miedo.

– Venimos a llevarte – respondió el Conejo mayor.

– ¿A llevarme?... ¡Si todavía no he muerto...!

– Todavía, no; pero te quedan pocos minutos de vida, por haber rechazado la medicina que te hubiera curado la fiebre.

– ¡Oh, Hada mía, Hada mía! –prorrumpió entonces Pinocho– dame inmediatamente aquel vaso, date prisa, por favor, porque ¡no quiero morir!;¡No,no!



Y tomando el vaso con las dos manos se bebió la medicina sin titubear.

– ¡Paciencia! –dijeron los Conejos– Por esta vez hemos hecho el viaje en vano.

Vemos como *Pinocho* nos acerca a los tiempos modernos, es la demostración de las posibilidades que tiene la literatura infantil, con toques de humorismo y de psicología, de actuar como aliada de la medicina.

CONCLUSIONES

Al intentar trazar unas conclusiones sobre las relaciones de la Literatura Infantil con las Ciencias de la Salud, nos damos cuenta de que la figura del médico es tratada en esta literatura con simpatía y benignidad, pero dentro de una diversidad muy marcada y clasificaciones muy diversas: el médico sabio, el distraído, el cómico, el descuidado, el modesto, el ambicioso, el extravagante, el héroe, el psicólogo. Sin embargo en la base de todas ellas hay una realidad, la captación del médico como un simple ser humano, con una cualidad que lo distingue: un gran deseo de servir a sus semejantes, acompañado por mucho amor a la humanidad. En todas las figuraciones literarias encontramos un denominador común que responde al homenaje que desde tiempos antiguos les rindiera involuntariamente a los galenos el envidioso Primer Ministro de *Las Mil y una Noches*: el médico es un ser humano que reúne en una forma casi increíble sabiduría y bondad.

También observamos que el presentar e incorporar en sus páginas al médico y a las medicinas en tan variadas y fantásticas formas, convierte a la literatura infantil en una compañera de la medicina, no sólo en cuanto praxis médica, sino como acercamiento de la infancia a la ciencia. La presencia del galeno con sus instrumentos y medios de



curación en las lecturas de los niños así como en sus juegos, es positiva y motivadora. El juego del médico y el enfermo, sugerido en detalles por la lectura de los clásicos, es uno de los preferidos por la niñez. El escritor y psicólogo italiano Gianni Rodari, en su obra *Gramática de la fantasía* califica este juego como una operación creativa que tiene aspectos éticos y estético, y que establece una estrecha relación del niño con la creatividad y el arte. Esta diversión, dice, tiene un doble significado: psicológico, ya que sirve a desdramatizar, en clave íntima, la figura siempre algo temida del galeno, y competitivo, en cuanto los infantes rivalizan en encontrar las variaciones más sorprendentes, inesperadas y atractivas del juego. ¡Y en las densas páginas de los cuentos clásicos, los niños tienen abundante material para documentarse e inspirarse! *Un juego como éste es altamente formativo, concluye Rodari, es la unidad mínima de la dramatización artística.*

Por otra parte, en un intento por construir afinidades entre estas dos disciplinas, podemos apelar a las analogías y homologías de estructura entre metodología estética y metodología científica, según la tesis que presenta Ugo Volli en su *La ciencia y el arte*, de que el quehacer científico y el quehacer artístico tiene ambos como característica esencial la de proyectar, transformar la realidad, ya que ambos son semióticas de lo real: es decir, reducir objetos y hechos a significados sociales, en un binomio fantástico-creativo e investigativo-científico. También en la literatura y en el arte hay espacio para la investigación.



REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Andersen, Hans Christian (1964). *Cuentos completos*. Barcelona: Editorial Labor.
- Arraiz, Antonio (1975). *Tío Tigre y Tío Conejo*. Caracas: Monte Ávila Editores.
- Barthes, Roland (1972). *Análisis estructural del relato*. Buenos Aires: Editorial Tiempo Contemporáneo.
- Bettelheim, Bruno (1980). *Bruno Bettelheim presenta los cuentos de Perrault*. Barcelona: Editorial Crítica.
- Bettelheim, Bruno (1978). *Psicoanálisis de los cuentos de hadas*. Barcelona: Editorial Grijalbo.
- Collodi, Carlos (1971). *Las aventuras de Pinocho*. Madrid: Ediciones Paulinas.
- Dickens, Charles (1950). *Oliver Twist*. Buenos Aires: W.M. Jackson Editores.
- Fernández de Lizardi, José Joaquín (1949). *El periquillo sarniento*. México: Ed. Porrúa.
- Hermanos Grimm (1971). *Cuentos*. Barcelona: Editorial Juventud.
- Jiménez, Juan Ramón (1958). *Platero y yo*. Madrid: Aguilar.
- Las mil y una noches*. (1978) Barcelona: Editorial Círculo de Lectores.
- Morin, Edgar (1999). *Les sept savoirs nécessaires à l'éducation du futur*. Paris: Unesco.
- Perrault, Charles (1931). *Contes de ma mère l'oie*. Paris: Gallimard.
- Prop, Vladimir (1971). *Morfología del cuento*. Madrid: Editorial Fundamentos.
- Rodari, Gianni (1973). *Grammatica della fantasia*. Torino: Giulio Einaudi Editore.
- Twain, Mark (1944). *Las aventuras de Tom Sawyer*. Barcelona: Ediciones del Zodíaco, 1944.
- Twain, Mark (1971). *Las aventuras de Huckelberry Finn*. Barcelona: Círculo de Lectores, 1971.
- Volli, Ugo (1974). *La scienza e l'arte*. Milano: Mazzotta Editore, 1974.